

CUARTA UNIDAD  
ANÁLISIS LITERARIO

OBJETIVO DE UNIDAD:

El alumno, al terminar la unidad en el tema:

II. ELEMENTOS DEL ANÁLISIS INTERNO: ARGUMENTO, TEMA, ACCIÓN.

2. Comprenderá las características de los elementos citados dentro del análisis interno.

OBJETIVOS DE APRENDIZAJE:

El alumno, por escrito en su cuaderno y sin error, en el tema:

II. ELEMENTOS DEL ANÁLISIS INTERNO: ARGUMENTO, TEMA, ACCIÓN.

- 2.1 Explicará lo que es el argumento en una obra.
- 2.2 Citará los nombres con los que también se llama al argumento.
- 2.3 Señalará las características propias del tema.
- 2.4 Citará las características propias de la acción en una obra literaria.
- 2.5 Mencionará las características de cada uno de los tres momentos de la acción:
  - a. exposición
  - b. nudo
  - c. desenlace
- 2.6 Diferenciará el argumento y el tema en el cuento "Historia del maestro de escuela lisiado y con la boca hendida".
- 2.7 Localizará exposición, nudo y desenlace en el relato "Historia del maestro de escuela lisiado y con la boca hendida".

II. ELEMENTOS DEL ANÁLISIS INTERNO: ARGUMENTO, TEMA, ACCIÓN.

A. **Argumento:** Es la síntesis de la obra, el resumen de los hechos que constituyen la "acción" de la novela, cuento, u otra obra. En el argumento no se entra en detalles extras, solamente se menciona aquello que es necesario para que la comprensión se mantenga de principio a fin.

El argumento es llamado también "fábula". Los griegos la llamaban "mythos" y para Aristóteles era "la composición de las cosas", es decir, "la organización, estructura y planteamiento general de todas las partes de una acción, con el fin de formar de ella un todo bello y perfecto". (4)

El argumento responde a la pregunta:

¿Qué sucede en la obra?

Al escribir el argumento de una obra se están presentando a grandes rasgos los hechos desarrollados en la misma, sin que pierda lo esencial.

B. **Tema:** Es la idea principal que se presenta en una obra literaria. En el tema hay que encontrar un pensamiento universal, abstracto; esto quiere decir que cualquier autor, en cualquier época y país, puede desarrollar la misma idea, el mismo pensamiento, variando únicamente las circunstancias, los hechos en torno a esa idea, de un autor al otro.

El tema es la idea que domina en toda la obra, presente de principio a fin, por lo que se le puede localizar fácilmente en la serie de situaciones planteadas. Así, se puede desarrollar el tema del amor, la soledad, la venganza, los celos, todo el conjunto de emociones y pasiones humanas vistas desde diversos ángulos por cada escritor.

(4) Kayser, Wolfgang, Interpretación y Análisis de la Obra Literaria, p. 99

1020115294



Los escritores hispanoamericanos han desarrollado temas muy característicos de este continente y de la situación que lo rodea: lucha por la libertad, el choque de razas y culturas, el patriotismo, la muerte y la explotación, entre otros. Muchas obras mexicanas tomaron como tema la Revolución y todo lo que rodeó a ésta. Sobre esto se va desarrollando toda la historia, historia que surge sobre la cimentación de una idea central o tema.

Tanto en la poesía como en la prosa, o sea en obras de uno y otro tipo, se localiza el tema. En las poesías, más breves, el pensamiento central va proyectándose también en sus diferentes versos, como en el poema siguiente:

“Amar, amar, amar, amar siempre, con todo  
el ser y con la tierra y con el cielo,  
con lo claro del sol y lo obscuro del lodo;  
Amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.  
Y cuando la montaña de la vida  
nos sea dura y larga y alta y llena de abismos,  
amar la inmensidad que es de amor encendida  
¡y arder en la fusión de nuestros pechos mismos”

Tema: el amor.

Rubén Darío, Amar

El tema responde a la pregunta:

¿Cuál es la idea central?

C. Acción: La historia desarrollada en una obra literaria a través de los diferentes hechos que se van sucediendo unos tras otros, constituyen la Acción. Es el principio, desarrollo y final de unos hechos, enlazados entre sí, con los elementos que configuran la obra perfectamente asimilados e integrados en la unidad de que forman parte. “La Acción constituye una esencia dinámica de carácter espiritual y humano que determina el desarrollo del acontecer y su estructura”. (5)

(5) Jara René, Lértora Juan C., y otros, Diccionario de Términos e “Ismos” Literarios, p. 3.

Siempre hay un principio, un medio y un final en toda obra literaria: se principia y se termina: esto se llama:

- a. Exposición
- b. Nudo
- c. Desenlace

Veamos sus características:

a). Exposición: Es la parte inicial de la obra, su presentación a través de la cual el lector se ubica en lo que vendrá a continuación. Algunas veces aparecen los nombres de los personajes, el lugar (espacio) donde se desarrollarán los hechos, u otros datos claves, pero sin profundizar demasiado en ellos.

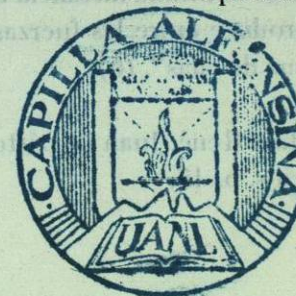
En uno de los cuentos de Juan Rulfo de su colección “El Llano en Llamas”, el inicio o exposición, nos crea el ambiente, nos ubica en la problemática que en estos relatos se proyecta con intensidad:

“Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros.

Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después: que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. . . ”

(Juan Rulfo, Nos han dado La Tierra)

En este otro cuento, vemos la Exposición como una especie de Crónica presentada a la manera de los rapsodas griegos, ante un público ávido de escuchar las aventuras de los héroes, que en este caso es la Historia de la Mamá Grande. La exposición nos resume el relato que seguirá:





“Esta es, incrédulos del mundo entero, la verídica historia de la Mamá Grande, soberana absoluta del reino de Macondo, que vivió en función de dominio durante noventa y dos años y murió en olor de santidad un martes del setiembre pasado, y a cuyos funerales vino el Sumo Pontífice”.

(G. García Márquez, Los funerales de la Mamá Grande)

b). Nudo: La cadena de hechos en una historia literaria, mismos que van “enredándose” entre sí, constituyen el Nudo: lo que pasa en una obra, el acontecer mismo, cuando todavía no sabemos la manera en la que se solucionará: el desarrollo mismo de una historia, todo esto constituye el Nudo.

El Nudo en el cuento de García Márquez, señalado anteriormente, lo constituye toda la historia de la Mamá Grande desde el momento en que se sintió enferma. García Márquez lo presenta así en un fragmento de la Exposición:

“... y empezar a contar desde el principio los pormenores de esta conmoción nacional, antes de que tengan tiempo de llegar los historiadores.

Hace catorce semanas, después de interminables noches de cataplasmas, sinapismos y ventosas, demolida por la delirante agonía, la Mamá Grande ordenó que la sentaran en su viejo mecedor de bejuco, para expresar su última voluntad...”

Sigue la historia y sigue el Nudo, hasta el momento en que de alguna manera se da un final a los hechos, con el desenlace.

c). Desenlace: tercer y último elemento de la Acción. En este punto, los hechos llegan a su fin, hay una solución a la situación planteada, y la emoción o interés que suscitó la historia, acaba de una manera u otra. “En la ficción narrativa o dramática, la última instancia de la Acción, cuando, una vez desarrollada la lucha que se produce entre las fuerzas en conflicto, tiene lugar el triunfo o aniquilamiento de una de ellas”. (6)

(6) Jara René, Juan C. Lértora y otros, Diccionario de Términos e “Ismos” Literarios, p. 45.

En el cuento que seleccionamos de García Márquez, veremos cuál es el Desenlace de la Mamá Grande:

“Nadie advirtió que los sobrinos, ahijados, sirvientes y protegidos de la Mamá Grande cerraron las puertas tan pronto como sacaron el cadáver, y desmontaron las puertas, desenclavaron las tablas y desenterraron los cimientos para repartirse la casa. Lo único que para nadie pasó inadvertido en el fragor de aquel entierro, fue el estruendoso suspiro de descanso que exhalaban las muchedumbres cuando se cumplieron los catorce días de plegarias, exhalaciones y ditirambos, y la tumba fue sellada con una plataforma de plomo. Algunos de los allí presentes dispusieron de la suficiente clarividencia para comprender que estaban asistiendo al nacimiento de una nueva época...”

(G. Márquez, Los Funerales de la Mamá Grande)

En el siguiente cuento, tomado de “Las mil y una noches”, localizarás los elementos señalados anteriormente: argumento, tema, y acción; esta última en sus tres partes: exposición, nudo y desenlace.



## HISTORIA DEL MAESTRO DE ESCUELA LISIADO Y CON LA BOCA HENDIDA

Sabe, ¡oh Emir\* de los Creyentes!, que, por mi parte, empecé a ganarme la vida como maestro de escuela, y tenía bajo mi mano unos ochenta muchachos. Y la historia de lo que me sucedió con estos muchachos es prodigiosa.

Debo empezar por decirte, ¡oh mi señor!, que yo era para ellos severo hasta el límite de la severidad, e inflexible y riguroso, hasta el punto de exigir que, incluso en las horas recreo, continuasen trabajando, y no los enviaba a sus casas hasta una hora después de ponerse el sol. Y aún entonces no dejaba de vigilarlos, siguiéndolos por zocos y barrios, para impedirles que jugaran con granujillas que los pervirtieran.

Y he aquí que fué precisamente mi rigor el que atrajo sobre mi cabeza las calamidades, como vas a ver, ¡oh Emir de los Creyentes!

En efecto, al entrar un día entre los días en la sala de lectura en el momento en que todos mis alumnos estaban reunidos, los ví de pronto erguirse sobre sus piernas a todos y exclamar a una sola voz:

— ¡Oh maestro, qué amarillo tienes hoy el rostro!

Y me sorprendió mucho aquello; pero como no sentía ningún dolor interno que pudiese amarillearme de tal suerte el rostro, no me preocupé excesivamente de aquella noticia, y abrí la clase como de costumbre, gritándoles:

— Empezad, ¡oh granujas!, que ha llegado la hora de trabajar.

Pero he aquí que el alumno monitor avanzó hacia mí con un aire muy preocupado, y me dijo:

\*Consultar Glosario.

— Por Alá, ¡oh maestro!, tienes muy amarillo el rostro hoy, y Alá aleje tu mal. Si estás muy enfermo, yo daré hoy la clase en lugar tuyo.

Y al mismo tiempo, todos los alumnos, demostrando gran inquietud, me miraban llenos de conmiseración, como si ya estuviese yo a punto de rendir el alma. Y acabé por impresionarme mucho, y me dije a mí mismo: “¡Oh!, por lo visto debes estar muy mal sin darte cuenta de ello. Y las peores enfermedades son las que entran en el cuerpo subrepticamente, sin que su presencia se revele por molestias muy marcadas”. Y me levanté en aquella hora y en aquel instante, confié la dirección de la clase al alumno monitor, y entré en mi harén, donde me acosté cuan largo era, diciendo a mi esposa:

— ¡Prepárame lo que hay que preparar para inmunizarme contra la ictericia!

Y lo dije lanzando muchos suspiros y quejándome, como si ya estuviese bajo la acción de todas las pestes y enfermedades rojas.

A la sazón, el alumno monitor llamó a la puerta y pidió permiso para entrar. Y me entregó la suma de ochenta dracmas\*, diciéndome:

— ¡Oh maestro!, los buenos de tus alumnos acaban de verificar una colecta entre ellos para hacerte este presente, a fin de que nuestra maestra pueda cuidarte bien sin reparar en gastos.

Y me conmoví mucho con aquel rasgo de mis alumnos, y para demostrarles mi satisfacción les di un día de asueto, sin sospechar que se había fraguado todo con este único fin. Pero ¿quién puede adivinar toda la malicia que se oculta en el pecho de los niños?

En cuanto a mí, pasé todo aquel día muy apurado, aunque la vista del dinero que habíame venido de manera tan inesperada me daba cierto gusto. Y al día siguiente volvió a verme el alumno monitor, y al encontrarse conmigo exclamó:

\* Consultar Glosario.



—Alá aleje de ti todo mal, ¡oh maestro! Pero ¡aun tienes la tez más amarilla que ayer! ¡Descansa!, ¡descansa! ¡Y no te preocupes de lo demás...!

—... Alá aleje de ti todo mal, ¡oh maestro! Pero ¡aun tienes la tez más amarilla que ayer! ¡Descansa!, ¡descansa! ¡Y no te preocupes de lo demás!

Y muy impresionado con las palabras del maligno muchacho, me dije a mí mismo: "Cuidate bien, ¡oh maestro!, cuidate bien a costa de tus alumnos". Y así pensando, dije al monitor:

— ¡Da tú la clase como si yo estuviera allí!

Y empecé a gemir y a lamentarme de mí mismo. Y dejándome en aquel estado, el muchacho se apresuró a reunirse con los demás alumnos para ponerlos al corriente de la situación.

Y aquel estado de cosas duró una semana entera, al cabo de la cual el alumno monitor me llevó otra suma de ochenta dracmas, diciéndome:

—Es la colecta que han hecho los buenos de tus alumnos, a fin de que nuestra maestra te pueda cuidar bien.

Y aún me conmoví mucho más que la vez primera, y me dije:

— ¡Oh!, en verdad que tu enfermedad es una enfermedad bendita que te proporciona dinero sin trabajo ni esfuerzo, y que, al fin y al cabo, no te hace sufrir. ¡Ojalá dure mucho tiempo todavía, para mayor bien tuyo!"

Y desde aquel momento decidí fingir que seguía enfermo, persuadido a la larga de que mi organismo no estaba realmente atacado, y diciéndome: "Jamás tus lecciones te producirán tanto como tu enfermedad". Y a partir de aquel momento, me tocó a mí hacer creer en lo que no existía. Y cada vez que el alumno monitor volvía a verme le decía yo:

— ¡Voy a morir de inanición, porque mi estómago rehusa los alimentos!

Pero no era verdad, pues nunca había comido yo con tanto apetito ni me había encontrado mejor.

Y continúe viviendo de tal suerte durante algún tiempo, cuando he aquí que un día entró el alumno en el preciso momento en que me disponía a comer un huevo. Y al verle, mi primer impulso fué el de ocultar el huevo en mi boca, por temor de que, al encontrarme comiendo, sospechara la verdad y advirtiese mi falsía. Y como el huevo quemaba, me producía dolores intolerables. Y el empecatado chiquillo, que sin duda alguna debía saber a qué atenerse acerca de la situación, en vez de marcharse persistió en mirarme con aire compasivo y diciéndome:

— ¡Oh maestro, qué infladas tienes las mejillas y cuánto debes sufrir! Eso seguramente debe ser un absceso maligno.

Luego, como en mi tortura se me salían los ojos de la cabeza y no le contestaba, me dijo:

— ¡Hay que abrirlo! ¡Hay que abrirlo!

Y avanzó hacia mí con presteza, y quiso clavarle en la mejilla una aguja gorda. Pero entonces salté sobre ambos pies vivamente, y corrí a la cocina, donde escupí el huevo, que ya me había quemado gravemente la boca. Y a consecuencia de aquella quemadura, ¡oh Emir de los Creyentes!, se me declaró en la mejilla un verdadero absceso y me hizo ver la muerte roja. Y se hizo ir al barbero, que me rajó la mejilla para vaciarme el absceso. Y a consecuencia de aquella operación se me quedó la boca hendida y deformada.

Y he aquí el porqué de la rasgadura y de la deformación de mi lisiadura, ¡helo aquí!

Cuando, al cabo de algún tiempo, me repuse de las consecuencias de la herida, volví a la escuela, donde fuí más riguroso y severo que nunca para con mis alumnos, cuya turbulencia había que reprimir. Y cuando la conducta de uno de



ellos dejaba algo que desear, le corregía a estacazos. Así acabé por enseñarles a respetarme de tal modo, que, cuando me ocurría estornudar, abandonaban al instante sus libros y cuadernos, se erguían sobre sus pies con los brazos cruzados y se inclinaban ante mí hasta tierra, exclamando de común acuerdo:

— ¡Bendición! ¡Bendición!

Y yo contestaba, como era razón:

— ¡Y con vosotros el perdón! ¡Y con vosotros el perdón!

Y también les enseñaba otras mil cosas, a cual más provechosa e instructiva. Porque no quería que sus padres gastasen en vano el dinero que me daban por su educación. Y de tal suerte esperaba hacer de los chicos excelentes sujetos y comerciantes respetables.

Un día, que era día de salida, los llevé de paseo un poco más lejos que de costumbre. Y de haber andado mucho, teníamos mucha sed. Y como precisamente habíamos llegado junto a un pozo, decidí bajar a él para aplacar mi sed con el agua fresca que contenía y coger un cubo de ella, si podía, para los chicos.

Y al ver que no había cuerda, cogí todos los turbantes de los alumnos, y haciendo con los mismos una cuerda bastante larga, me la até a la cintura y ordené a mis alumnos que me bajarán al pozo. Y al punto me obedecieron. Y me ví colgado del orificio del pozo. Y me bajaron con precaución para que no diese con la cabeza en la piedra. Y he aquí que el tránsito del calor al fresco y de la luz a la oscuridad me hizo estornudar. Y no pude reprimir un estornudo. Y sea involuntariamente, sea por costumbre, sea por malicia, mis escolares soltaron la cuerda con un ademán unánime, se cruzaron de brazos y exclamaron todos a la vez, como lo hacían en la escuela:

— ¡Bendición! ¡Bendición!

Pero no pude contestarles en aquella circunstancia, porque caí pesada-

mente al fondo del pozo. Y como el agua no tenía mucha profundidad, no me ahogué; pero me rompí ambas piernas y la clavícula, en tanto que los chicos, espantados no sé si de su hazaña o de su atolondramiento, huyeron a todo correr. Y yo lanzaba tales gritos de dolor, que unos transeúntes, de quienes llamé la atención, me sacaron del pozo. Y como me hallaba en un estado lamentable, me colocaron en un asno y me llevaron a casa, donde estuve postrado durante un tiempo considerable. Pero jamás me curé de mi accidente. Y no pude volver a ejercer mi profesión de maestro de escuela.

Y por eso, ¡oh Emir de los Creyentes!, me ví obligado a mendigar para dar de comer a mi mujer y a mis hijos.

Y así es como me has visto y socorrido generosamente en el puente de Bagdad.

¡Y tal es mi historia!